



Justo S. Alarcón

Para mi hijo Miguelito

La borrachera



Junio 18

Eran las seis de la tarde. Faltaban unas dos horas para que el sol de junio traspusiera la montaña que se alzaba por el oeste. El Abuelo, todavía alto y esbelto, arrastraba, con alguna dificultad, sus setenta años. El Nieto, diminuto y vivaracho, caminaba saltarín al lado del Abuelo, dándole, de vez en cuando, una patada a alguna de las pequeñas piedras que, desde tiempo inmemorial, había sembrado un camino terregoso. Pasaban cerca de un rancho grande. El Abuelo decidió pararse y se sentó en un rústico banco de piedra. Hecho esto, con el índice de la mano derecha le apuntaba al Nieto el gran vivero de árboles frutales y de robustos viñedos. El Nieto trataba de abrazar con su absorta y limpia mirada toda la extensión de la verde explanada.

* * *

- Abuelito. Me dijiste que ibas a contarme cosas de cuando mi papá era niño. Yo quisiera saber algunas de las travesuras que hacía mi papá cuando era como yo.

- Sí, nene, eso te dije. Y lo quiero cumplir. Pero, tienes que prometerme que no se lo vas a decir a él que te lo dije yo. Tiene que ser un secreto entre tú y yo, ¿está bien?

- Pues, sí, abuelito. Prometido. Un secreto entre los dos. A mí me gustan mucho los secretos.

- Pues, bien, te contaré una cosa que le pasó cuando tenía unos seis años. Fue una especie de travesura, aunque no fue toda la culpa de él.

- A ver, cuéntamela, abuelito.

- Una vez, hace mucho tiempo, durante el verano, después de que se había terminado la escuela, estábamos él y yo, tu abuelita y tus tíos de vacaciones. Unos amigos de la familia nos habían invitado a su rancho. Nos fuimos todos a pasar unos días con ellos. Tenían muchos animales y campos con muchos árboles frutales y verduras. También tenían viñedos, y varios trabajadores que cuidaban las fincas.

- ¿Qué son «viñedos», abuelito?

- «Viñedos», nene, son unos campos en donde hay muchas plantas grandes, como arbolitos, que le llaman cepas, tienen vides y que dan uvas. De éstas se hace el vino. Hay uvas blancas y uvas coloradas. Las blancas dan vino blanco y las coloradas dan vino colorado, rojo o tinto, según la intensidad del color de la uva. ¿Entiendes?

- Sí, abuelito, ahora sí.

- Pues, como te decía, una vez fuimos a ese rancho a pasar unos días de vacaciones. Al día siguiente de llegar, tu papá, que entonces era niño como tú, me pidió permiso para ir con unos jóvenes trabajadores en un carro de bueyes al viñedo, para cargar y traer grandes cestas o canastas de uvas para hacer vino. Estos muchachos tendrían unos diez y ocho o veinte años. Llevaban el carro de bueyes al viñedo, cargaban las cestas o canastas, que otros trabajadores ya habían llenado de uvas, y llevaban la carga a la bodega, que es un sótano o un piso bajo en donde otros jóvenes hacían el vino.

- Abuelito, ¿y qué es un «carro de bueyes»?

- Un carro de bueyes, nene, es un carro grande, de madera, tirado o jalado por dos bueyes o vacas, que todavía tienen hoy día los campesinos por estos pueblos, para trabajar.

- Y, ¿cómo son esos carros?

- Esos carros tienen dos ruedas muy grandes y anchas, que también son de madera. Las ruedas están clavadas a un eje muy grueso, que está hecho de un tronco de árbol. Algunas veces, cuando se calienta y se reseca el eje, al girar, hace un ruido muy agudo, como si estuviera chillando. A unos niños les gusta ese chillido, a otros no, porque les da miedo, y se tapan los oídos para no oírlo. A tu papá le gustaba mucho ir en ese carro y oír el chillido que hacía el eje.

- Pero, ¿por qué no usaban una *pick-up*, como hacen muchos, en lugar de ese carro de bueyes?

- Porque en aquel tiempo no había esas camionetas que les llaman *pick-ups*. Tenían solamente carros de bueyes para llevar carga. Pues, como te iba diciendo, tu papá me pidió permiso para ir. Yo se lo di. Pero..., no sabía yo lo que le iba a pasar a él.

- ¿Qué le pasó a mi papá, abuelito? Dímelo...

- Después de varios viajes desde el viñedo hasta la bodega, tu papá les pidió a los jóvenes que trabajaban allí que le dieran algo para beber, pues tenía mucha sed. Es que, como era verano, y andaban trabajando, hacía mucho calor, y le dio mucha sed a tu papá. Entonces, los jóvenes le dieron un vaso de vino. Se lo bebió y... se emborrachó.

- ¿Se emborrachó mi papá cuando era niño, abuelito?

- Pues, sí, pero, como te dije al principio, no fue de él toda la culpa. El no sabía que los jóvenes le daban vino. El se lo bebió, como si fuera soda o refresco, y..., pues...

- Ándale, abuelito, dime qué le pasó.

- Pues..., se emborrachó. Dicen que se reía, que daba saltos, que lloraba, que chillaba, que decía tonterías y que preguntaba por su mamá y por su papá. Después, se cayó al suelo y nos lo trajeron a tu abuelita y a mí, ya dormido...

- Pero si te lo llevaron dormido, ¿cómo podía estar borracho?

- Pues es que, al emborracharse, y después de decir y hacer tonterías, se quedó dormido. Tu abuelita y yo, dormido como estaba, lo llevamos a cama y

así se quedó toda la noche, hasta que despertó por la mañana, pero con dolor de cabeza.

- ¡Qué chistoso! Mi papá, cuando era niño, ¡se emborrachó!

- Exactamente, no. No se emborrachó, nene, sino que, para decir la verdad, *lo emborracharon* aquellos jóvenes traviesos.

- ¿Y qué hiciste tú, abuelito, con los jóvenes que emborracharon a mi papá?

- Pues, a esos jóvenes no les dije ni hice nada, porque no eran mis hijos. El ranchero, amigo de la familia, les echó una fuerte regañada y se disculpó con nosotros, por lo que había pasado. Yo no me metí en ese asunto, por lo que te dije.

- Y tú, ¿qué le dijiste a mi papá?

- Pues... yo, aunque sabía que él no tenía toda la culpa, al día siguiente por la mañana, le di unas nalgadas.

- ¿Por qué, abuelito, si él no tuvo la culpa?

- También él me dijo eso mismo, pero le di unas nalgadas, y en seguida le dije: «Estas nalgadas te las doy para que aprendas, para que no te olvides y para que no te dejes emborrachar por otros, ni tú te vuelvas a emborrachar nunca más».

- Y... ¿se volvió a emborrachar mi papá, abuelito?

- Nunca más, nene, nunca más. Ya de grande, no sé. Pero, creo que no.

- ¿Le dio miedo emborracharse?

- No sé si le dio miedo a emborracharse o si le dio miedo a otras nalgadas, pero la verdad es que nunca más lo vi borracho.

* * *

Ya había comenzado a oscurecer, cuando Abuelo y Nieto se encaminaban hacia la vieja casona. A lo lejos, y por el Este, la luna naciente reflejaba sus rayos en un mar tranquilo. Las últimas gaviotas, con sus chillidos estridentes, cruzaban por el cielo despidiéndose del sol. La voz apagada de un búho trasnochado anunciaba a los suyos el advenimiento de la noche. El Abuelo y el Nieto subían despacio por las escaleras de la vieja casona. Sobre el líquido

y liso mar, se reflejaba y temblaba una luna redonda y brillante, como una gigante y traslúcida uva de moscatel.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario

